

EL DOMINIO DEL MAR EN LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA. ESTUDIO CRITICO DE LAS OPERACIONES NAVALES DURANTE SU DESARROLLO

Carlos Chubretovich Alvarez



Las guerras estallan por causas muy diversas, pero es una opinión generalizada atribuirles - salvo las que tienen orígenes conocidos, como las religiosas - motivos de orden económico, derivados de rivalidades comerciales, especialmente. Sin embargo, en muchos casos el factor económico ha sido sólo aparente en su génesis, o ha estado encubriendo razones de otra naturaleza, como ambiciones hegemónicas o territoriales, que cabría incluir entre las que corresponden al orden político.

Dentro de esta naturaleza se podría situar al conflicto que nuestro país debió enfrentar en 1836 contra la Confederación Perú-Boliviana.

Los esfuerzos de Chile para ayudar al Perú a conquistar su libertad no surtieron los efectos esperados por el gobierno y pueblo peruano. Tampoco produjeron la cordialidad de relaciones que la unión forjada en las campañas militares estaba llamada a ejercer. Pareciera, entonces, acertado atribuir esos resultados a la falta de un sentimiento de nacionalidad, que no había tenido oportunidad de madurar en las nacientes repúblicas de América. Para éstas, la gesta emancipadora había sido una lucha que las absorbió por igual : todas defendían la

misma causa, la de la libertad del continente. Y respecto al Perú, las caóticas condiciones que predominaron en su política interna, durante el decenio 1823 - 1833, no fueron propicias a entendimientos amistosos con sus vecinos. Existían también, en ese país, algunos resabios de la época colonial, cuando el Perú ejerció una supremacía jerárquica sobre otras colonias, que agregados al recuerdo del poderío incásico, dejaron un remanente de superioridad en la mente de sus habitantes. Este, demasiado fresco entonces, tendía a imponer el sello de predominio que el favor de la metrópoli había asignado a ese país.

La reconstitución del virreinato, como aspiración de los gobernantes peruanos, se hizo realidad en el gobierno del general Gamarra, que pretendió ejercer su hegemonía sobre la nación boliviana.

El Alto Perú o Charcas, como se llamó Bolivia durante la Colonia, había pertenecido al Perú. Era comprensible, entonces, que sus gobernantes trataran de incorporar aquella a sus dominios.

Las dificultades suscitadas entre esos dos Estados por ese motivo, dieron lugar a la intervención de Chile, llamado por los gobiernos de ambos. Esa circunstancia aquietó por corto tiempo el espíritu belicoso de los gobernantes de Perú y Bolivia.

El general Santa Cruz, que gobernaba a Bolivia en ese entonces, pretendía, por su parte, la organización de una Confederación entre aquellos dos Estados, con miras a extenderla a Estados vecinos, como Ecuador, Argentina y Chile. La anarquía había sido superada por la mano enérgica de Santa Cruz y Bolivia entraba en una era de progreso, con finanzas saneadas que le permitieron dedicar importantes recursos a la organización de un Ejército que podía hacer frente, con ventaja, a las armas peruanas, como ocurrió más tarde con las derrotas que infligió a las Fuerzas Militares de esa nación.

En nuestro país los acontecimientos históricos empezaban a dejarse sentir en los destinos nacionales. Bajo la enérgica dirección del ministro don Diego Portales, Chile se transformaba, paulatinamente, en un Estado organizado. Su comercio se incrementaba visiblemente y el puerto de Valparaíso, este puerto, adquiría una gran importancia como punto de distribución de las mercaderías que llegaban de Europa. Se había constituido en la recalada obligada de las naves que cruzaban del Atlántico al Pacífico para ejercer el comercio en toda la extensión de este mar. Ello le procuraba al país un ascenso importante con respecto a la posición que había ocupado hasta ese entonces y avanzaba con paso firme hacia el primer puesto entre las repúblicas del Pacífico. Nuestra Marina Mercante crecía y sus naves surcaban todas las aguas entre el Cabo de Hornos y California.

Chile no había podido obtener el reconocimiento del gobierno peruano por las deudas originadas en los gastos hechos por nuestro gobierno en la organización y envío de la Expedición Libertadora. Tampoco por la cuota del empréstito que contrató en Londres, parte del cual cedió al Perú. Las rivalidades de los caudillos peruanos, que arrastraban al caos a su propio país, no permitían entendimiento alguno. El Perú marchaba a la deriva en medio del desgobierno más completo y perdía terreno en su situación comercial.

Pero la presión de los productores de azúcar, interesados en la venta de su producto a Chile, y de que éste no les alzara las tarifas aduaneras, permitió al fin, un advenimiento que dio origen al Tratado de 1835. Este, aparte de tratar de zanjar las diferencias de carácter comercial existentes, trató de resolver otros puntos que habían generado dificultades. A pesar del esfuerzo que representó su puesta en marcha, no quedó resuelto el punto principal que separaba a las dos naciones. Se mantenía pendiente, en consecuencia, el pago de las deudas, postergación que afectaba directamente a nuestro país.

Las estrecheces y falta de recursos económicos en Chile, que quedaron como pesado lastre de las campañas de la independencia, había hecho que fuera olvidada la Armada, cuyos buques habían sido vendidos a desarmados. Sólo quedaban el AQUILES, pequeño bergantín de 485 toneladas, y el COLO-COLO, adquirido en 1830, para señalar que aún flotaba sobre las aguas del Pacífico la insignia que había llevado Cochrane a las batallas que tanta gloria habían dado a Chile.

Prácticamente había dejado de existir el Poder Naval creado con tantos esfuerzos por el Director Supremo don Bernardo O'Higgins. El estado de confusión, presente durante ese oscuro período de la historia nacional, había impedido visualizar que el progreso comercial, en pleno crecimiento, debía llevar aparejado un incremento correlativo del Poder Naval, a fin de que los intereses marítimos de la República quedaran debidamente resguardados. En tal circunstancia es explicable que los gobernantes, absorbidos por las guerrillas políticas intestinas, no se hubieran dado el tiempo necesario para mirar hacia el mar, ni tuvieran una noción de las rivalidades que el progreso económico de la nación haría surgir entre sus vecinos, principalmente del norte, las que en algún momento habría necesidad de enfrentar. Tampoco entraba, en las preocupaciones de los gobernantes de esos años, que el natural desarrollo del país y las exigencias de un comercio que, aunque incipiente, empezaba a ramificarse en todas direcciones, requería la presencia de un transporte marítimo también en crecimiento, que ante la falta de otros sistemas de comunicaciones, pudiese servir adecuadamente las necesidades de las diversas regiones del país.

A medida que Chile crecía como rival del Perú en el Pacífico, su Poder Naval se reducía. En efecto, mientras nosotros contábamos tan sólo con las dos pequeñas unidades que referí, la Escuadra peruana estaba conformada por trece buques. Estos eran la fragata MONTEAGUDO, las corbetas CONFEDERACION, SOCABAYA y YANACOCCHA, los bergantines ORBEGOSO, AREQUIPEÑO, JUNIN, CONGRESO, FLOR DEL MAR y CATALINA, las goletas LIMEÑA y PERUVIANA y la barca SANTA CRUZ. Aunque algunas de esas unidades estaban en desarme, constituían una fuerza relativamente poderosa, pues llegado el momento podrían quedar en efectivo grado de alistamiento para la guerra, haciendo uso de los abundantes recursos que disponía el Perú.

El descuido verdaderamente temerario del Poder Naval en que había incurrido Chile no escapó a la sagacidad del ministro don Diego Portales, uno de los pocos estadistas con mentalidad marítima que hemos tenido, quien, para remediar esa etapa de debilidad e inseguridad presentó al Congreso un programa de renovación de la Escuadra, el que vino a ser como una campanada de alerta para dar a conocer al país el precario estado en que se encontraban sus elementos para la defensa. Paralelamente adoptó las medidas necesarias para la preparación del personal que serviría en la Armada y en la Marina Mercante.

Dentro del cuadro histórico que brevemente he dado a conocer, no escapó a la perspicacia del ministro Portales que estaban dadas las circunstancias para que se generara un conflicto con los vecinos del Norte, que veía venir en un plazo relativamente cercano.

Tras la desaparición de la influencia del libertador Simón Bolívar, en Perú y en Bolivia, los dos pueblos a los que le había dado la libertad, las ambiciones de predominio en ellos se materializaron en dos caudillos: José Agustín Gamarra en el Perú y Andrés de Santa Cruz en Bolivia. Santa Cruz había asumido el poder en Perú como Jefe del Consejo Supremo, en el cual había delegado el mando Bolívar al regresar definitivamente a Colombia. Como no fuera confirmado en el poder, pues el pueblo peruano no le siguió prestando su adhesión, se le envió a Chile, en premio a sus servicios, con la representación diplomática del nuevo gobierno peruano. Se encontraba aquí cuando fue elegido para la presidencia de Bolivia, la que asumió en 1830.

El año 1835 presidía el Perú el mariscal José Luis Orbegoso; pero el 13 de febrero de ese año, el general Salaverry, apoyado por el guarnición del Callao, se apoderó de Lima y se proclamó presidente. Este creyó que podría enfrentar la autoridad del caudillo boliviano, pero Santa Cruz, mucho más hábil que sus rivales, produjo la escisión en la cúpula peruana, haciendo que el general Gamarra se pusiera al frente de una fracción del ejército de ese país, a la que derrotó en Yanacocha.

Una vez anulado Gamarra cayó sobre la otra fracción del ejército, la que mandaba Salaverry, al que venció el 7 de febrero de 1836 en Socabaya.

Esos triunfos le abrieron a Santa Cruz el camino para llevar a efecto su ansiado proyecto de formar una confederación de los dos Estados, Bolivia y Perú. Con su astucia política no demoró en lograrlo. Las dos batallas ganadas le habían dado la posesión del sur peruano, el cual anexó a Bolivia y se hizo nombrar Protector de ambos Estados reunidos. Realizada esta primera parte de su programa mantuvo al mariscal Orbegoso en el gobierno del departamento norperuano, con sede en Lima, y sobre el cual tampoco tardó en declararse Protector. Reunió así a los tres departamentos en una Confederación, a la que dio un estatuto legal para su gobierno. No sin razón esa fue motejada de monarquía disfrazada.

Había nacido un nuevo Estado de la fusión del Perú y de Bolivia, con lo que la reconstitución del antiguo virreinato podía considerarse como un hecho. Pero las ambiciones del audaz caudillo que había en Santa Cruz no pararían ahí, sino que sobrepasando las fronteras de la Confederación irían a formar en Ecuador un ambiente favorable para sus planes de nuevas anexiones.

Su proyecto de Gran Confederación sobrepasaba, también, las fronteras hacia el sur. Chile y Argentina serían sus próximos objetivos. Tras ese fin inició de inmediato, en nuestro país, un juego de intrigas con el propósito de interferir la firme y bien orientada política de Portales, en cuya habilidad ya había reparado. Se mostraba temeroso de la perspicacia de éste, porque podría constituirse en un serio obstáculo para la prosecución de sus planes.

Para Portales no había pasado desapercibido que en el Perú había un clima de oposición a nuestro país. Personalmente lo había palpado. La hostilidad comercial era exponente visible de esa situación, pero para la agudeza del ministro existía un hecho que revestía la mayor gravedad y éste no era otro que la constitución de la Gran Confederación, con los países del sur en su seno, que tenía en su mente el caudillo boliviano. No se le escapaba el riesgo que tal circunstancia, de llegarse a realizar, llevaba implícita.

Santa Cruz gozaba de señalado prestigio ante las naciones de Europa. Sus dotes de gobernante, demostradas en su propio país, le habían ganado las simpatías del extranjero. Su talento organizador podría llevarlo muy lejos, y contaba, además, con un ejército aguerrido de doce mil hombres. Era, en consecuencia, un peligro para nuestra patria y para los otros países de América. La energía del ministro Portales era la mejor garantía que los manejos del ambicioso caudillo serían desbaratados.

Como consecuencia del acontecer histórico, derivado del papel desempeñado por los desterrados de uno y otro país, que se encontraban tanto en el nuestro como en el Perú, de las rivalidades comerciales surgidas entre Chile y el Perú, y del crecimiento de Valparaíso, en desmedro de los puertos peruanos, se había venido formando un clima tenso y peligroso en nuestras relaciones con la Confederación. Estas habían llegado a un grado de fragilidad tal, que una cuestión cualquiera, aunque fuere de poca significación, sería suficiente para romper el equilibrio inestable que se mantenía.

Aquella coyuntura no tardó en presentarse. La determinó la conformación de la expedición del general Ramón Freire, exilado en el Perú después de la batalla de Lircay, que tenía por objetivo dirigirse a Chile para derribar al gobierno presidido por el general Joaquín Prieto. El hecho que la realización de esa expedición contara con el beneplácito del gobierno del general Santa Cruz, puso en evidencia los móviles que animaban a éste con respecto a nuestra patria. Sin miramiento alguno, y frente a un arriendo simulado aprobó la censurable actitud del mariscal Orbegoso, en Lima, de entregar al general Freire la fragata MONTEAGUDO y el bergantín ORBEGOSO, con lo que le dejó en condiciones de llevar a cabo su intento revolucionario. A esos buques no se les retiró el armamento que tenían y el embarque de los expedicionarios se efectuó en el Callao, en presencia de las autoridades locales. El Encargado de Negocios de Chile, al no poder evitar que se realizara esa expedición, contrató la goleta FLOR DEL MAR para que concurreniera a dar aviso oportuno a su gobierno. Las autoridades peruanas, en conocimiento de tal propósito, decretaron la prohibición a toda embarcación peruana de abandonar la bahía del Callao, pero como la FLOR DEL MAR se había hecho ya a la vela, las mismas autoridades dejaron prontamente sin efecto su resolución.

La autorización otorgada dentro del territorio peruano para la organización de una expedición militar, a la que se le concedían los medios para tratar de derrocar a un gobierno con el cual el del Perú mantenía relaciones normales, constituía una violación infamante de los usos y procedimientos adoptados por los Estados para la natural convivencia entre sí.

Esa actitud daría lugar, sin duda alguna, a una violenta reacción en nuestro país, fácil de prever si se tenía en consideración que en diversas ocasiones el accionar del gobierno peruano ya se había mostrado hostil a Chile, y que este último hecho conformaba una verdadera provocación.

El gobierno, ante el influjo de las circunstancias que le señalaban la posesión del dominio del mar, como requisito previo para

llevar al corazón del Perú la guerra que el ministro Portales veía venir, sometió al Parlamento un proyecto para incrementar el débil Poder Naval que se tenía en ese entonces. El mensaje solicitaba la autorización para contratar la construcción de dos fragatas y dos corbetas, para que, junto a las dos pequeñas unidades existentes, conformaran, el núcleo de la nueva fuerza naval.

El gobierno de Prieto había comprendido la necesidad de rearmar el país después de comprobar las ambiciones hegemónicas de Santa Cruz. La guerra que se vislumbraba obligaba a entregarle la mayor preocupación al aumento del Poder Naval, tema candente para los gobiernos de éste país, debido a que Chile es, antes que todo, esencialmente un país marítimo, que en caso de conflicto requiere mantener expeditas sus líneas de comunicaciones marítimas, para lo cual debe contar con el dominio del mar, el que sólo se conquista con la posesión previa de los elementos navales que lo aseguren.

En el temperamento del Ministro Portales, había, al igual que en O'Higgins y Cochrane, características muy singulares y notorias, cómo la iniciativa y la audacia que acompañaban todas sus acciones. Las actitudes del Gobierno se impregnaron del dinamismo y energía del Ministro, las que se manifestaron en las medidas necesarias para procurarse los elementos para armar al país y promover su preparación en esa grave hora de la vida nacional.

Mientras tanto, la expedición de Freire avanzaba con destino a Chiloé, donde creía podría reunir y organizar las fuerzas que le acompañarían para derribar al gobierno constituido; pero, la suerte no le ayudaría a la consecución de sus planes. En efecto, un temporal que sus buques debieron afrontar antes de llegar a la latitud de Valparaíso, separó a las naves, y la MONTEAGUDO, con su tripulación sublevada, tomó rumbo a Valparaíso para entregarse a las autoridades navales. El ORBEGOSO arribó a Ancud, puerto del cual tomó posesión, quedando en espera de la fragata que nunca llegó.

Portales, desde el instante que estimó inminente el conflicto armado, se dio cuenta que sólo la posesión del dominio del mar le permitía alcanzar los objetivos que surgirían de esa situación. No pasaba desapercibido a su intuición que mientras Perú conservara el dominio del mar, aquellos no tenían probabilidades de realizarse; pero el desequilibrio de fuerzas navales entre Perú y Chile era demasiado grande. Sin embargo, había un factor que le favorecía: contaba con la información que los buques de guerra peruanos estaban en su mayor parte semi-desarmados y con escasa tripulación a bordo.

Inmediatamente que tuvo conocimiento del arribo de la MONTEAGUDO a Valparaíso se trasladó a este puerto, y a los pocos días empezaba a cumplirse el plan de operaciones que se trazó para ser desarrollado por las escasas fuerzas navales que poseía la República.

El plan más seguro, que ofrecía menos riesgos y que aparecía como más lógico, habría sido desbaratar la expedición de Freire y, una vez logrado ello, concentrar la Escuadra para su misión de ataque a la Escuadra Peruana. Pero su instinto militar le permitió a Portales adoptar un plan que creyó más efectivo. Estimó que su mejor aliado era la sorpresa, y en vez de reunir todas sus fuerzas prefirió obrar inmediatamente. Despachó la MONTEAGUDO a someter a Freire y, simultáneamente, envió el AQUILES y la COLO-COLO con órdenes de apoderarse de la Escuadra Peruana, la mayor parte de cuyos buques se suponía se encontraban en el Callao. Las enseñanzas dejadas por Cochrane, inspiraban, sin duda, las resoluciones del Ministro. La lógica en que se basó su plan era irrefutable: unía la rapidez en la acción a la sorpresa. Se trataba de no dar tiempo a Santa Cruz para alistar y poner en servicio activo las naves que constituían la Escuadra Peruana.

Como jefe de esta empresa fue elegido el coronel Victoriano Garrido a quien secundó el Capitán de Corbeta Pedro Angulo. Las aguas del Callao fueron así escenario, por segunda vez, de una hazaña similar a la que realizara Cochrane en el apresamiento de la ESMERALDA. El Capitán Angulo, en los botes del AQUILES, y con escasos hombres, se tomó al asalto, sucesivamente, la barca SANTA CRUZ, el bergantín AREQUIPEÑO, y la goleta PERUVIANA. Esos tres buques, una vez fuera del alcance de las fortificaciones, tomaron colocación a un costado del AQUILES, quedando como rehenes mientras el representante del gobierno chileno demandaba las satisfacciones que el Ministro había dispuesto se le exigieran al gobierno de la Confederación.

A la altura de Arica, Garrido había destacado la COLO-COLO a fin de que recorriera la costa peruana en busca de los buques de esa bandera que se encontrasen en sus puertos. La medida no dio resultado, pues las corbetas LIBERTAD y YANACOCKA, y la goleta LIMENA, no fueron avistadas. La captura de toda la Escuadra peruana habría demandado más tiempo, por lo que Garrido se desistió del intento.

El objetivo perseguido por Portales, de arrebatarse la escuadra a Santa Cruz, se había cumplido en parte. Sin Poder Naval éste ya nada podría atentar contra Chile, y respecto a la rehabilitación de los buques Peruanos, que aún quedaban en su poder, su ejecución habría que postergarla. El dominio del mar facilitaría a Chile el éxito en la guerra que estaba pronto por estallar.

Declarada ésta, es fácil colegir, que tendría que repetirse la campaña de 1820 dominio del mar, el que una vez obtenido permitiría la invasión del territorio enemigo por las fuerzas militares; esto es, el empleo de la ofensiva. Además, ese procedimiento era el que mejor se

adaptaba al temperamento enérgico del ministro Portales, y el único posible para conseguir el objetivo principal: la destrucción del poder del Protector, o sea de la Confederación. Como consecuencia inmediata, la restauración de la libertad política del Perú.

El repentino golpe asestado a Santa Cruz indujo a éste proponer un pacto para salvar las apariencias y su dañado prestigio. Por ese convenio Garrido se comprometió a alejarse de las costas peruanas, llevándose en prenda de paz los tres buques que había capturado. Merecen citarse las atinadas observaciones sobre estos acontecimientos, hechas por un hombre público, don Carlos Walker Martínez, que en su obra sobre Portales dice: "Nuestra Marina de Guerra, en los momentos de las primeras diferencias con el Perú, se componía sólo de dos pequeñas naves ... tristísimo residuo de aquellas nobles y respetables escuadras que en años anteriores habían desterrado la bandera española de todas las playas del Pacífico, y aunque la sorpresa del Callao y la expedición de Freire la aumentaron en cinco buques más, era preciso mirar más adelante y prever el porvenir. Cualquier que éste sea, feliz o desgraciado, nuestra defensa, nuestra prosperidad, nuestro campo de acción estará en el mar. La Cordillera de Los Andes, el desierto y los hielos de la Patagonia resguardan nuestras fronteras y por ahí nunca nos amenaza un peligro serio; la experiencia nos ha probado ya y la naturaleza misma de las cosas nos lo pone en transparencia: nuestros puertos tienen necesariamente que ser las primeras víctimas de nuestra culpable indolencia para atender a nuestra seguridad. El mar, el mar será siempre nuestro lado vulnerable y son torpemente imprevisores los gobiernos que, así no lo piensan y los hombres públicos que en ello no se fijan. Cuantos ejemplos de los últimos años no tenemos para confirmar esta verdad, que ahora, como antes, será cierta, evidente, clara como la luz. Así pensó Portales y ahí queda explicada la razón de todos sus esfuerzos para crearnos una Marina Nacional".

Garrido regresó a Valparaíso con los tres buques tomados al Perú, los que continuaron en calidad de rehenes. Una vez en este puerto, y por orden del Ministro Portales, se reemplazó el pabellón chileno, que les había izado Garrido, por la bandera peruana. Nuestro gobierno desautorizó al comisionado por la firma del convenio con Santa Cruz, que desaprobó porque no satisfacía sus propósitos. Por el contrario, él se conformaba más bien con los del Protector, cuyos deseos eran ganar tiempo para proseguir su campaña de descomposición interior de Chile. Pero Portales no se dejó engañar por las declaraciones amistosas y los sentimientos en apariencia pacíficos de ese gobernante; en base a estos argumentos obtuvo del Presidente Prieto el envío de una carta al Protector, en la cual le enrostraba sus

procedimientos, que consideraba contrarios a la armonía que debía reinar entre las dos naciones, y le anunciaba la próxima presencia de un plenipotenciario que le daría a conocer las condiciones cuya aceptación exigía el gobierno chileno para evitar un conflicto armado.

Esas condiciones constituían un ultimátum. Planteaban como paso fundamental la disolución de la Confederación, o sea, la independencia de Bolivia y del Ecuador; el reconocimiento de las deudas del Perú a favor de Chile, la limitación de las fuerzas navales del Perú, la reciprocidad en cuanto a comercio y navegación, y la excensión para los chilenos en el Perú, como para los peruanos en Chile, de toda contribución forzosa a título de empréstito o donación. A estas instrucciones se agregaban otras más precisas, si cabe, reiterando que la independencia de Bolivia era una condición cuyo rechazo implicaba la declaración de guerra.

Como plenipotenciario para dar a conocer tales demandas al Protector Santa Cruz fue designado el fiscal de la Corte Suprema, don Mariano Egaña, a quien la Escuadra, bajo el mando del vicealmirante don Manuel Blanco Encalada, conduciría al Perú. Esa fuerza, de extrema debilidad en un comienzo, en la etapa considerada -septiembre de 1836- había sido incrementada por la imprevista llegada de la fragata MONTEAGUDO, por el ORBEGOSO, que había sido capturado a Freire en Ancud, por los tres buques -AREQUIPEÑO, PERUVIANA y SANTA CRUZ- que Garrido retuvo al Perú, y por la corbeta VALPARAISO, adquirida por el gobierno como buque mercante, que se armó con veinte cañones de doce libras y se constituyó en el buque insignia.

En el intertanto Santa Cruz había procurado recomponer su capacidad naval, reactivando el bergantín CONGRESO. Como no tenía confianza en sus oficiales de marina, colocó las unidades navales que le restaban a la Confederación bajo el mando del general de división José Trinidad Morán, venezolano de nacimiento, quien se convirtió en almirante por disposición de Santa Cruz. Sus buques eran el bergantín CONGRESO, como buque insignia, las corbetas LIBERTAD y YANACOCKA y las goletas LIMENA, FLOR DEL MAR y CATALINA. Para esta Escuadra el puerto base fue Guayaquil, elegido por las autoridades de la Confederación para su alistamiento bélico, por considerarlo a cubierto de cualquier sorpresa.

Portales había impartido instrucciones por separado a Egaña y Blanco, en relación con la forma de actuar en sus respectivas áreas. En cuanto al almirante hubo dos documentos que expresaron con toda claridad el pensamiento y la voluntad del ministro. El primero fue la carta que le dirigió con fecha 10 de setiembre de 1836, en la que junto con resumirle su apreciación acerca de la situación internacional le estableció el objetivo político que se perseguía y le expuso la doctrina

estratégica que debería orientar las operaciones de su flota. En lo fundamental del primer aspecto le dice: LA CONFEDERACION DEBE DESAPARECER PARA SIEMPRE DEL ESCENARIO DE AMERICA, y en cuanto a la doctrina estratégica, con alcances de un valor geopolítico permanente para nuestra nación, le dice textualmente: VA UD., EN REALIDAD, A CONSEGUIR CON EL TRIUNFO DE SUS ARMAS LA SEGUNDA INDEPENDENCIA DE CHILE... UNA VICTORIA DIPLOMATICA A MEDIAS, QUE LAS ARMAS QUE LA REPUBLICA CONFIA A SU INTELIGENCIA, DISCRECION Y PATRIOTISMO, DEBERAN COMPLEMENTAR. LAS FUERZAS NAVALES DEBEN OPERAR ANTES QUE LAS MILITARES, DANDO GOLPES DECISIVOS. DEBEMOS DOMINAR PARA SIEMPRE EN EL PACIFICO; ESTA DEBE SER SU MAXIMA AHORA Y OJALA FUERA LA DE CHILE PARA SIEMPRE.

En el segundo documento, del 17 de octubre siguiente, el ministro le fijó las normas de derecho respecto a bloqueo y trato a buques mercantes adversarios y neutrales, ya sea durante las negociaciones o en las hostilidades, en el caso de declararse la guerra. Determinó, a la vez, el ámbito de responsabilidades del comandante de la fuerza y del diplomático.

La Escuadra zarpó de Valparaíso el 19 de octubre de 1836, para recalar al Callao el 30 del mismo mes. Allí no fue recibida por las autoridades, de tal manera que después de varios intentos de negociaciones el Plenipotenciario Sr. Egaña les puso término el 11 de noviembre, por intermedio de una breve nota que contenía la declaración de guerra a la Confederación. Coincidentemente, al día siguiente se amotinó la dotación de la corbeta LIBERTAD, de las fuerzas de la Confederación, que se dirigió a Valparaíso para entregarse a las autoridades navales chilenas. Se agregaba así, a la creciente lista naval de Chile, el mejor buque de la escuadra de Morán.

La declaración de guerra fue ratificada por el Congreso Nacional tan pronto se tuvo conocimiento de la misión confiada a Egaña. Mientras tanto, el almirante Blanco se dirigió al norte para evitar la concentración de las unidades de la escuadra peruana que se habían dirigido a Ecuador e internado en el río Guayas. Las instrucciones que el almirante había recibido del ministro Portales le ordenaban respetar la neutralidad de esa nación. Ciñéndose a ellas estableció sus buques en una rada de la isla Puná, en la desembocadura del Guayas, donde quedaron al acecho de las unidades peruanas.

Cumplida esa parte de sus planes regresó al Callao en la corbeta VALPARAISO. Mientras se encontraba en este último puerto la escuadrilla peruana logró burlar la vigilancia de los buques chilenos, para dirigirse, finalmente, al mismo destino. En vista de lo acontecido,

Blanco consideró terminada su misión y obedeciendo instrucciones impartidas por el gobierno regresó a Valparaíso el 14 de febrero de 1837. Resultó así que en marzo de ese año ambas fuerzas se encontraban en sus respectivos puertos de origen y la situación estratégica se mantenía sin variaciones. Esta mostraba una manifiesta similitud con las campañas de Cochrane en 1819 y 1820; no se había logrado conquistar en definitiva el control del mar, no por falta de voluntad de los chilenos, sino que porque la flota enemiga se había mantenido refugiada, rehusando combatir.

Es notable que en esta campaña de la guerra contra la Confederación Perú-boliviana el teatro principal de operaciones marítimas estuvo situado en aguas territoriales neutrales, ecuatorianas, hecho que limitó el accionar de las fuerzas navales chilenas, observantes, en mayores términos que sus oponentes, de las normas del derecho internacional. En este caso, Ecuador carecía de los medios de fuerza suficientes para hacer respetar su neutralidad frente a los buques confederados.

Portales, con el celo que lo caracterizaba, se había dedicado, en el intertanto, a preparar las fuerzas militares que enviaría al Perú, para lo cual necesitaría de la Escuadra. Esa fue la razón por la que la hizo regresar al país, con el objeto que le prestara escolta a esa expedición. Su intención era infligirle un golpe enérgico y audaz a Santa Cruz, con el propósito de desbaratar sus planes de hegemonía que se le revelaban cada vez con mayor vigor.

Las intrigas y maquinaciones del Protector, tendientes a provocar la revuelta interior en nuestro país, habían prendido en ciertos ámbitos contrarios al gobierno y, aún, entre algunos militares.

A principios de setiembre de 1837 estaban reunidos en Valparaíso los diecisiete buques transporte que conducirían al Perú el Ejército Expedicionario. El mando de la expedición lo confió Portales al almirante Blanco, aunque de cuya capacidad política no tenía mayor confianza. Por este motivo su intención era embarcarse en la Escuadra, también, y con tal objeto se dirigió a Valparaíso, deteniéndose previamente en Quillota a revisar las tropas que dependían del coronel Vidaurre. No logró ver satisfechos sus deseos a causa del asesinato de que fue víctima por parte de las fuerzas sublevadas de ese coronel.

No sólo la opinión pública sino que también el gobierno culparon a los agentes de Santa Cruz del asesinato del ministro Portales, circunstancias que, posteriormente, le fue posible confirmar a la cancillería chilena. El eminente estadista tenía una clara visión de la importancia del dominio del mar en países cuya configuración geográfica hace de las comunicaciones marítimas una imperiosa

necesidad. Para él, la movilidad de la flota era un valioso factor para dividir las fuerzas enemigas, y consideraba el empleo de la ofensiva como la llave del éxito en cualquier operación.

A mediados de setiembre de 1837 zarpó de Valparaíso la expedición bajo el mando en jefe de Blanco Encalada, quien, con el rango de teniente general, comandaba, a la vez, el Ejército Restaurador que se componía de 3.600 plazas. El mando de la escuadra fue entregado al capitán de fragata don Roberto Simpson, quien era, además, comandante del AQUILES.

El plan del almirante Blanco estaba basado en dos premisas diferentes: una suponía que sus tropas serían reforzadas por soldados peruanos y bolivianos mientras se internaban por territorio enemigo, y la otra era que Chile estaba en posesión del dominio del mar. La primera no fue comprobada previamente ni se verificó durante la permanencia de las tropas chilenas en territorio peruano. La segunda no era efectiva, porque la Escuadra peruana, aunque inferior a la chilena, constituía una fuerza relativamente importante, que bien operada podría ocasionar daños de consideración a nuestras comunicaciones marítimas y, aún, atacar a la propia expedición. Es cierto que Chile tenía supremacía en el mar, no sólo por la cantidad de sus unidades navales, sino que por la mejor preparación y disciplina de sus oficiales y tripulación.

Fue así que mientras nuestra Escuadra protegía a los transportes fondeados en Quilca, para resguardar el reembarque del Ejército Restaurador, tenía lugar, en nuestras costas, el ataque de una flotilla peruana, compuesta por las corbetas SOCABAYA y CONFEDERACION y el bergantín CONGRESO, al mando del general Morán. Esa fuerza atacó Juan Fernández, Talcahuano y otros puertos chilenos, y si sus resultados no fueron mayormente efectivos se debió tanto al hecho de ser mandada por una persona ajena al mar como por la falta de espíritu combativo que evidenció.

En la campaña de la expedición aparece nuevamente cierto grado de paralelismo con la de 1820, pues en ambos casos la Escuadra chilena se mantuvo por varias semanas sujeta a las necesidades del ejército, cumpliendo la función puramente defensiva de asegurarle su línea de comunicaciones. Otra similitud se refiere al general en jefe, que, al igual que San Martín, esperaba alcanzar una fácil victoria terrestre por la sola presencia de su fuerza y por la defección de los batallones enemigos. Pero a diferencia de San Martín, Blanco Encalada se enfrentaba a un verdadero genio de la guerra y maestro en la guerra psicológica. Sin que se produjera el esperado apoyo, Blanco avanzó hacia el interior, donde al poco tiempo quedó rodeado por fuerzas enemigas muy superiores. Santa Cruz no quiso comprometerse en una

victoria que lo haría arriesgar su futuro político y prefirió otorgarle al jefe chileno una salida decorosa que éste se vio forzado a aceptar; ese fue el Tratado de Paucarpata, del 17 de noviembre de 1837, que restablecía la paz entre la Confederación y la República de Chile, la devolución de los tres buques que habían sido retenidos, el reembarque del Ejército Restaurador, la recíproca promesa de impedir conspiraciones contra el gobierno del otro país y el reconocimiento del millón y medio de pesos que Perú adeudaba a Chile.

La opinión pública nacional reaccionó indignada contra ese acuerdo que consagraba lo que era, precisamente, la antítesis del objetivo político perseguido por Chile. El gobierno, lejos de ratificarlo, lo desaprobó y declaró la continuación de las hostilidades.

Tras la firma del Tratado las tropas regresaron a Quilca, para reembarcarse, operación que finalizó el 17 de noviembre. Ese mismo día la Escuadra y los transportes zarparon de regreso a Valparaíso. A poco de su recalada el general Blanco Encalada fue sometido a un Consejo de Guerra que, finalmente, lo absolvió de los cargos que se le imputaban.

Fracasada, pues, la expedición militar anterior, el gobierno preparó la segunda con la mayor rapidez y mejores elementos. El decreto supremo del 18 de diciembre de 1837, que desaprobó el Tratado de Paucarpata, disponía que después de ponerse esa resolución en conocimiento del general Santa Cruz, las hostilidades con el gobierno de la Confederación debían continuarse. Volvía a adquirir vigor la solución estratégica, mediante la derrota militar, para alcanzar el objetivo político que tan claramente había definido Portales: La Confederación debe desaparecer para siempre del escenario de América.

Como la preparación de la nueva expedición demandaría algún tiempo y la Escuadra estaba lista para actuar, convenía no darle tregua al Protector y adelantarse a conquistar el control del mar. Cobraba, así, actualidad la doctrina estratégica enunciada también por Portales. Las fuerzas navales deben operar antes que las militares, dando golpes decisivos. En conformidad a esa idea la Escuadra, al mando del Comandante Simpson, zarpó de Valparaíso con rumbo a las costas del Perú.

Su primera recalada fue a las afueras de Arica para que el AREQUIPEÑO hiciera entrega -de acuerdo a lo convenido entre Blanco y Santa Cruz, respecto a la ratificación o rechazo del Tratado de Paucarpata dentro de un plazo tope de cincuenta días- del oficio al Ministro de Relaciones Exteriores de Perú, que notificaba la desaprobación de ese acuerdo y la prosecución de la guerra. Cumplida esa diligencia la Escuadra continuó su navegación al norte para

hostilizar al enemigo. El resultado más destacado de esa incursión fue la captura de la corbeta CONFEDERACION, cuando navegaba desde el Callao a Arica conduciendo al general Ballivián, de nacionalidad boliviana. Después de desembarcar a éste en la isla de San Lorenzo, el comandante Simpson inició varias rebuscas en las proximidades del Callao, pero al no encontrar a los buques de la Escuadra peruana, y en precaución de que se pudieran haber dirigido al sur, para atacar nuestras comunicaciones marítimas, decidió regresar a Chile.

Esa corta campaña, si bien no culminó con una victoria definitiva en el mar, al menos consiguió un trofeo -la corbeta CONFEDERACION- que contribuyó a acrecentar el potencial de nuestra Escuadra a costa del enemigo. La Escuadra peruana, a su vez, quedaba reducida a una corbeta, cuatro bergantines y dos goletas, al mando del capitán de fragata José Panizo, quien había sustituido al general Morán.

La agresividad de Simpson, durante el desarrollo de la breve campana, provocó la ira descontrolada de Santa Cruz quien, en represalia, proclamó el bloqueo de todos los puertos de Chile a los buques de todas las banderas. Ese acto no fue más que un desatino si se tiene en cuenta que con la ofensiva a las fuerzas navales del adversario, la Escuadra nacional había obtenido el control de las comunicaciones marítimas y el completo dominio del mar. En consecuencia, tal declaración era insostenible y sólo podría deducirse que obedecería a la idea de hacer creer a las naciones extranjeras que la Confederación era aún lo suficientemente fuerte en el mar como para mantener una ofensiva.

Al reto de Santa Cruz contestó el presidente Prieto con la notificación de bloqueo de los puertos de Callao, Ancón y Chorrillos, a contar del 26 de abril de 1838, fecha en la cual estimó que se encontrarían en esas aguas las fuerzas navales chilenas para hacerlo efectivo.

Esa disposición de nuestro gobierno contrastaba con aquella del gobierno de Santa Cruz. El nuestro, respetuoso de la legalidad, ajustaba sus decisiones a lo establecido por la comunidad internacional, que exigía, para que los puertos se consideraran verdaderamente como bloqueados, la presencia real de buques de guerra suficientemente próximos.

El 17 de abril zarpó desde Valparaíso la primera división de la Escuadra, compuesta por cinco unidades, al mando del capitán de navío don Carlos García del Postigo. Recaló al surgidero de la isla San Lorenzo, frente al Callao, el 1 de mayo, fecha desde la cual se hacía efectivo el bloqueo. Pese a que, éste cumplía con todas las normas del derecho internacional, se le presentaron dificultades al jefe naval chileno

por la actitud de resistencia de los jefes de otras fuerzas navales, pertenecientes a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, que se encontraban en aguas peruanas, y que, en pleno acuerdo con sus representaciones diplomáticas y consules en Lima, no aceptaban que los buques mercantes de sus banderas quedaran impedidos de entrar y salir de puertos peruanos, con lo que se les privaría de continuar desarrollando sus actividades comerciales. El comandante García del Postigo, careciendo de las fuerzas necesarias para hacer se respetar por naciones poderosas, se vio obligado a transigir, quedando limitado a impedir el tráfico marítimo de bandera peruana y confederada, y a mantener bloqueados, bajo el abrigo de las baterías del Callao, a los buques de guerra enemigos.

El 10 de julio de 1838 zarpó de Valparaíso el convoy de veintiséis buques que conducía al Ejército Restaurador, de 5.400 hombres, al mando del general don Manuel Bulnes. Lo escoltaba la segunda división de la Escuadra, que al mando del capitán de fragata don Roberto Simpson la integraban cuatro unidades. El Ejército desembarcó en Ancón el 7 y 8 de agosto, tras lo cual el comandante Simpson trasladó su división y todos los transportes a Chorrillos.

El 17 del mismo mes, después de un intercambio de disparos entre buques de la primera división con las baterías del Callao, una flotilla de embarcaciones de esos buques, a cargo del teniente Leoncio Señoret, entró sigilosamente al fondeadero interior del puerto y se apoderó de la corbeta SOCABAYA, con lo cual una nueva unidad de guerra se sumó a las de Chile. De esta manera, desaparecía el último vestigio del Poder Naval peruano, ya que el otro de sus buques, el FUNDADOR, ex CONGRESO, había sido barrenado para evitar su captura, y la goleta PERUVIANA se fue a Guayaquil y no volvió a participar en la guerra. Días después, en el puerto de Pisco, el enemigo capturó en tierra al comandante de la corbeta VALPARAISO, con dos oficiales y una fuerza de desembarco de treinta maríneros, quedando el buque a cargo de dos pilotos y muy escasa tripulación.

El 11 de noviembre el Ejército se reembarcó para ser transportado a Huacho, 80 millas más al norte, e internarse después en la sierra peruana. La Escuadra dio escolta al convoy, dejando sólo dos goletas, la JANEQUEO y la COLO-COLO, para mantener el bloqueo frente al Callao. No era necesario allí un mayor número de unidades, ya que, como dijimos, el Poder Naval de la Confederación prácticamente había dejado de existir.

En esas circunstancias Santa Cruz procuró reconstituir, aunque fuera sólo en forma parcial, su desaparecido Poder Naval. Con esa finalidad adquirió algunos barcos mercantes extranjeros, a los que armó, y así, en un tiempo breve, contó con dos corbetas, la EDMOND

y la YANACOCKA, y dos goletas, la PERU y la SHAMROCK, tripuladas todas por extranjeros atraídos por generosas promesas de dinero. Los oficiales eran, en su mayoría, norteamericanos y franceses, asumiendo el mando de la fuerza uno de esta última nacionalidad, el comodoro Juan Blanchet.

Los aprestos navales de esa flotilla recién creada por Santa Cruz, que bien podríamos denominar como "mercenaria", no podían pasar desapercibidos para el mando chileno, por lo que el 16 de noviembre se reforzó el bloqueo del Callao con el AQUILES. Esos preparativos quedaron cumplidos el día 22. Dos días después, una fuerza enemiga, integrada por las corbetas EDMOND y YANACOCKA, y por varias lanchas cañoneras y botes armados, salió del área protegida del puerto en dirección a los buques bloqueadores. El comandante Bynon, del AQUILES, se dirigió a alta mar con el propósito de separar a las dos corbetas de las embarcaciones, para dividir esas fuerzas y batirlas por separado; pero el enemigo comprendió la idea de maniobra, y después de un intercambio de disparos regresó al fondeadero.

A raíz de la demostración de esa fuerza, y teniendo en consideración el precario estado en que se encontraban las goletas JANEQUEO y COLO-COLO, debido a su intensa campaña y muchos meses en el mar, el comandante Bynon decidió suspender el bloqueo, dirigiéndose al puerto de Barrancas para reparar y equipar sus naves. Blanchet aprovechó esa oportunidad para tomar la iniciativa, zarpando en la noche del 28 de noviembre con dos de sus buques en busca de los transportes chilenos que navegaban cercanos a costa, sin escolta, llevando abastecimientos para el ejército; a varios de ellos atacó y les provocó daños.

La amenaza que la flotilla confederada podría implicar para el tráfico mercante en aguas chilenas, y la conveniencia de contar con buques para escoltar un nuevo convoy con tropas, que debía zarpar desde Talcahuano al Perú, señalaron a Simpson la necesidad de destacar una agrupación naval hacia Chile, la que quedó conformada por el AQUILES y las dos goletas; zarpó a Valparaíso el 7 de diciembre. Blanchet, por su parte, había regresado al Callao, donde recibió una gran acogida por sus éxitos frente a los mercantes chilenos.

Al terminar ese año se agregaba una nueva unidad a la fuerza de Blanchet, la barca MEJICANA, con lo cual la flotilla mercenaria había llegado a contar con cinco buques. En los primeros días de enero Blanchet salió a su segunda campaña, con cuatro de esos buques que embarcaban una guarnición de trescientos soldados.

Por esos mismos días la Escuadra chilena se había

concentrado en Santa, donde su comandante en jefe se mantenía en contacto con el general Bulnes y planeaba una próxima campaña para destruir a Blanchet. Su fuerza estaba integrada por cinco unidades - una fragata, tres corbetas y una barca- que se encontraban con bajos niveles de combustible para sus cocinas, por lo que García del Postigo hizo los arreglos necesarios para que cargaran leña en una hacienda estatal, peruana, ubicada en el puerto de Casma, treinta y ocho millas más al sur.

Para recibir esa leña fue designado el transporte ISABELLA, al que protegerían tres buques de la división de Simpson - el SANTA CRUZ, la CONFEDERACION y la VALPARAISO. El grupo fondeó en Casma el 10 de enero, quedando el ISABELLA al interior del saco de la bahía, cercano a la playa, y los tres buques de guerra formando una cuña hacia su boca. Terminada la maniobra de fondeo los buques despacharon a tierra las partidas de gente para recoger, acarrear y cargar la leña en el transporte. Para completar las medidas de seguridad durante esa faena, se estableció un puesto de vigías en lo alto del cerro Codrington, cercano a la punta que cierra la bahía por el sur.

Fue, precisamente, el vigía de ese puerto, quien, a mediodía del 12 de enero, dio la alarma al avistar cuatro velas que se acercaban al puerto desde el suroeste. Ellas pertenecían a la flotilla de Blanchet, que habiéndose enterado del fraccionamiento de la Escuadra chilena había decidido atacar por sorpresa a su fracción más vulnerable. Simpson apreció que no le sería posible aparejar ni alcanzar a recoger toda su gente. Esto último le impediría cubrir todas las bocas de fuego. Y ante la ventaja táctica del enemigo, representada por su movilidad, sólo le quedaba un curso de acción: la defensa estática, procurando sacar el mayor partido del coraje y la tenacidad de sus hombres, que era su único factor de fuerza ante un enemigo que se dirigía directamente al abordaje con el viento a un largo.

Se produjo un combate a toca penoles, de hora y media de duración, en el que el enemigo perdió el bergantín AREQUIPEÑO, y que, desarbolado, quedó en manos chilenas. Al atardecer de ese día cayó muerto en el combate el jefe enemigo, comodoro Juan Blanchet, circunstancia que provocó gran impacto y desazón en las dotaciones mercenarias, que sólo atinaron a desabracar sus buques del costado de los chilenos. Cuando el último de esos tres buques, la maltrecha corbeta EDMOND, quedó desprendida de la corbeta chilena CONFEDERACION, junto con la barca MEJICANA y la goleta PERU emprendió la retirada, abandonando la bahía con rumbo noroeste. En las cubiertas de los buques chilenos, aparte de las numerosas bajas ocasionadas al enemigo, quedaron setenta prisioneros.

La fuerza naval chilena no pudo impedir que el enemigo entrara

al puerto del Callao, donde se presentó con la bandera francesa. Simpson debió dedicarse a reparar sus buques y García del Postigo tuvo conocimiento de la acción sólo al día subsiguiente. En el puerto peruano los tres buques fueron desarmados, tras lo cual siguieron a Guayaquil, donde se internaron, dando término a la aventura.

La consecuencia de esa victoria fue la ratificación del dominio del mar, por parte de Chile, por cuanto el Poder Naval de la Confederación fue eliminado de los mares para siempre. Si la diferencia entre combate y batalla es la repercusión táctica o estratégica de su desenlace, bien podría asignarse, en nuestro medio, la condición de Batalla Naval a la acción de Casma. El magnífico triunfo de Bulnes en Yungay, logrado ocho días después, desbarataba definitivamente el poder militar de Santa Cruz y con ello las ambiciones hegemónicas del caudillo; las instrucciones que el ministro Portales señalara al almirante Blanco Encalada, en su carta del 10 de setiembre de 1836, se habían cumplido a cabalidad.

Para terminar podemos dejar establecido que la guerra contra la Confederación Perú-boliviana fue de auténtico interés, tanto por sus causas como por sus efectos, y dejó fecundas enseñanzas en cuanto dice relación con el Poder Naval y el dominio del mar.

